

TEXTO COLECTIVO: 19 DE ABRIL DE 2010

Autores: Ana Demarchi, Patri Lerner, Claudia Bordón, Negro YGucha y Polo Juárez

Carolina camina apurada. Falta media hora para que cierre el Banco. "Debe estar lleno, se dice. "Principio de mes y lunes", sigue ensimismada y furiosa. ¡Vieja de mierda! ¡Sólo a ella se le ocurre hacer los depósitos a última hora!, murmura pensando en la directora de la Mutual. ¡Justo hoy que yo pensaba salir unos minutos antes para encontrarme con Jorge!

Apura más el paso, si eso es posible. En el preciso instante en que un ruido extraño en la vereda la hace mirar hacia abajo, pierde el equilibrio y queda desparramada en el piso junto con todos los papeles que llevaba.

El terror se apoderó de su alma. El cheque que tenía que depositar estaba frente a sus ojos. La firma se había mojado y por esas cosas del destino se transformó en un corazón.

- ¡Qué firma extraña! -Una voz masculina le confirmó que no se trataba de una visión.

¿¿¿!!!Y ahora qué hago!!!?? pensó ofuscada, sin tomar mucha conciencia de que el hombre ya estaba agachado, ayudándole a recoger los papeles que ella aceptaba automáticamente. De pronto levantó la vista y se encontró con un par de ojos que la miraban burlones... ¡¿¿¿eran azules??!! No, ¡¿¿¿eran verdes??!! No podía distinguir bien de qué color eran. De pronto recordó el cheque y cuando fue a agarrarlo una ráfaga de viento lo levantó en vilo y lo hizo volar hasta la calle. Ella intentó correr pero llegó tarde, un auto ya le había pasado por encima

Carolina levantó los ojos para ponerle rostro a la voz. Una imagen masculina casi perfecta se recortaba del gris microcentro.

- ¿Estás bien, te lastimaste? -el hombre extendió su mano, tratando de ayudarla. Ella terminó de levantar los papeles que amenazaban con volarse ante la más mínima brisa, y rechazó la ayuda, sacudiendo delicadamente la mano.

- Estoy bien, bien. No se preocupe. Fue solamente esa baldosa levantada, y estos malditos tacos obligatorios... -el hombre sonrió amablemente, y miró a Carolina, que acomodaba sus papeles.

- Dios mío, ahora me van a rechazar el cheque, está todo corrido, y la firma... -dijo fastidiada.

- Bueno, la firma puede ser un presagio ¿no? -dijo pícaramente. Ella lo miró a la cara, y él le ofreció un guiño cómplice, y en ese instante ella sintió calor en las mejillas, y se avergonzó: se ruborizaba como una púber.

No pudo más que mirar el piso, agradecer la ayuda y partir hacia el banco, a ver qué diablos hacía con ese cheque. Pero por dentro se preguntaba por qué no había podido hablar, encarar, actuar ese papel que mejor le queda, el de mujer segura. Si de cualquier modo, Jorge era casado, y no le debía fidelidad alguna.

Entró al Banco pensando en esos ojos gris celeste, el rostro bronceado, la sonrisa franca y el ademán seguro del hombre que la había auxiliado. Seis hileras de gente tensa y rumorosa la desplomaron hasta el mundo real. "Acá me quedo a vivir", pensó mientras apagaba el celular.

Justo cuando estaba por enfocarse en un momento agradable de su vida pasada, escuchó que anunciaban por los parlantes:

- ¡Carolina Ludueña, caja cinco!

Desde la escuela secundaria que no la llamaban así; cuando juntó su nombre y apellido con la caja cinco, comenzó a caminar en esa dirección. Una chica que podría ser modelo o fiscal o médica forense en las series del canal Sony, la esperaba con una sonrisa como para vender un viaje al Caribe.

- Venga, pase por aquí. El gerente ya le avisó a la mutual que le vamos a pagar el cheque, pero que lo vayan rehaciendo.

Caminaron por un pasillo lateral flanqueado por cuadros del poscubismo, cruzaron una sala con jardín interno y se detuvieron frente a una puerta intimidante, cuyo cartel no llegó a leer. La empleada golpeó dos veces, abrió la puerta y anunció:

- Señor, aquí está Carolina Ludueña.

"¿Cómo saben mi nombre?", se preguntó inútilmente. En el fondo de la enorme oficina, recortado contra un ventanal, el mismo hombre que minutos antes había bromeado sobre la firma en el cheque arruinado, hablaba por su celular mientras le indicaba con la mano un sillón a su derecha. Sobre una mesita la estaban esperando un arreglo floral, un vaso de soda y unos chocolates.

- Carolina- dijo, sin demorar, mientras estrechaba la mano de ella entre las de él.

- Hola, un gusto, usted es... -ella hizo una pausa de cortesía para que el hombre pudiera presentarse.

- Sergio, bueno... Sergio Waiss, o Sr. Waiss, como prefiera. -agregó con simpatía.

- Y usted es...- siguió Carolina, ahora con la voz más relajada.

- Soy el gerente del Banco, pero ¡también soy un ser humano! -dijo él, desnudando una sonrisa pocas veces vista.

Por un momento Carolina se sintió embobada. Le agradaban los hombres bromistas. En seguida volvió de su tontera, y cuando atinaba a hacerle las mil preguntas pendientes, el hombre, quien ya era Sergio, le hizo un ademán con el brazo para que tomara asiento. Ella lo hizo.

- ¿Chocolates? -dijo Sergio levantando el platito en el que descansaban esos delicados lingotes marrones.

- No, gracias, Sergio -dijo contradiciendo lo que el deseo indicaba, pero pensando en la balanza y en las terribles clases de spinning que toma tres veces a la semana para mantener su retaguardia como Dios manda.

- Bueno, no le hago perder más tiempo, Carolina. En un momento ya va a poder cobrar el dinero del cheque, y volver a su trabajo.

- Bueno muchas gracias, pero déjeme hacerle una pregunta, ¿cómo es que usted sabe mi nombre?, ¿por qué me está haciendo este favor?

Sergio hizo una pausa, un tanto incómoda, como si estuviera repasando mentalmente un libreto. A los pocos segundos dijo:

-La verdad es que cuando la vi allí afuera, cuando usted me miró a los ojos, simplemente me sentí conmovido. Pero no piense mal, usted no me dio lástima -ese comentario le pareció esquivo, para no responder lo incómodo. Pero lo dejó pasar-.

- Parece un gran bromista, usted.

- Bueno como lo decía, la verdad nunca me pasó de mirar a alguien e inmediatamente sentirme atraído, disculpe mi atrevimiento. -Carolina quedó muda, no podía dejar de mirarlo a los ojos, su cara era hipnótica.

-Bueno, me gustaría, si no le parece demasiado osado, invitarla a tomar algo cuando usted cumpla con su horario laboral.

- Acepto -dijo inmediatamente- pero que conste que es para agradecerle el enorme favor que me hace. Ni se imagina los inconvenientes que me ahorra... Carolina se sentía atrevida pero con mucha adrenalina. Le atraía este hombre. Era muy varonil, con un gran humor, y aparte, poderoso. No podía perder esta oportunidad. Pero tampoco podía quitarse de la cabeza a Jorge. Jorge y sus celos enfermizos. Jorge y su violencia.

Salió del trabajo unos minutos más tarde del horario habitual. Tratando de aparentar una seguridad que no sentía, caminó por la misma vereda hasta el coqueto bar de la esquina. No se le ocurrió mirar enfrente donde Jorge la estaba esperando.

Apresuraba el paso. Sentía como electricidad en el cuerpo. Hacía mucho tiempo que no tenía nuevas emociones. Todo hasta el momento habían sido discusiones, tener una relación con un hombre casado pocas veces es placentera. La promesa de separarse ya había quedado en la nada, y ella se daba cuenta de que nunca iba a cambiar su papel de "la otra". Saber eso, le confirmaba que debía concretar el encuentro con Sergio pero le temía a la reacción de Jorge si la veía con otro hombre en ese bar. No la asustaba tanto la andanada de reproches y el rostro desencajado cuando estuvieran solos, sino la escena cínica que era capaz de montarle frente a Sergio. Jorge era capaz de presentarse y ponerse a bromear con Sergio, a desplegar su narcisismo perverso, con tal de mantener su dominio sobre ella.

¿En qué momento le había dado ese lugar, esa potestad? ¿Sería esta curiosidad malsana por averiguar qué parte de ella era tan pelotuda lo que la mantenía dentro esa relación?

Cuando la indignación estaba por sofocarle el temor, vio a Jorge cruzando la calle en su dirección.

- ¡Hola mi amor! ¿No te funcionaba el teléfono? -Le preguntó Jorge con una risa tensa.

Estaba por tomarla de la cintura cuando una mujer con anteojos negros se acercó a la pareja y con los reflejos de un arquero, cruzó los brazos y tomó una actitud seria, luego puso cara de sorpresa y saludó naturalmente.

- ¡Hola capullito! -Y con estas palabras le dio un beso en los labios a la mujer.

- Te presento a Carolina, la novia de Leo. ¿Te acordás de Leo? La encontré de casualidad.

Carolina sintió que le temblaban las piernas y apenas dijo un hola automático y casi inaudible. Jorge, su mujer, Sergio, las imágenes bailaban inconexas en su mente. Se despidió argumentando llegar tarde a una cita, cosa que era cierta, pero en ese momento ni se acordó. Caminó en sentido opuesto adonde debía ir, mareada, sentía calor en la cabeza, en la boca del estómago, estaba desorientada.

Se detuvo a las dos cuerdas sin siquiera haber mirado hacia atrás. No podía contener las ganas de llorar, de gritar; pero sacó fuerzas y aguantó, contando hasta cien, mil, un millón.

En ese instante sintió una suave presión en el hombro. Asustada giró la cabeza: era Sergio, que le acercaba un pañuelo, cargado de Polo Ralph Laurent. Fue demasiado. Ese aroma le aflojó las piernas, y se echó a llorar.

- Vamos, descárgate Carolina, siempre cuestan estas cosas. Llorá ahora, reí después. -dijo Sergio, bromeando como de costumbre.

- ¡Pero usted qué sabe! ¡No sabe nada, no entiende nada! -Carolina desató su furia contra él, era algo lógico. Cuando se enoja nunca distingue al enemigo.

- Además... qué hace acá, ¿está loco? ¿me está siguiendo? ¡¡¡Lo único que me falta ahora... un acosador, para hacer que mi vida sea aún más desastrosa y nadie lo autorizó a tutearme!!! -continuó, completamente fuera de sí.

- Calmate, Caro -dijo Sergio, con voz calma- ¿querés que vayamos a algún lugar más tranquilo? así no hacés papelones en la calle, sé perfectamente que no te gusta.

- Pero ¿quién es usted? ¿Cómo sabe estas cosas de mí? ¡¡¡¡Respóndame ahora!!!! -Carolina estaba dispuesta a obtener respuestas, no pensaba moverse de ahí.

- Caro, si querés te explico acá en la calle, pero preferiría que nos sentemos, que tomes algo, que te relajés. Es largo de explicar.

Carolina lo miró a los ojos, y casi de inmediato accedió. Caminaron (el aire fresco de las siete de la tarde le secó las lágrimas) hasta una confitería que estaba casi vacía. Se sentaron en una mesa alejada, a la que inmediatamente se acercó una moza. Pidieron dos cafés.

- Jorge me pidió hace un tiempo que te siguiera, Caro. Es un hombre loco de celos, me pidió que te vigile. Yo trabajo de esto, espío a mujeres para agarrarlas con las manos en la masa; pero vos, Dios mío, Caro, vos sos completamente abnegada a un hombre que lo único que hace es mentirte. Y vos sos tan linda, y tan fiel. Y no pude evitar enamorarme de vos.

Carolina estaba pasmada, solo atinó a decir:

- Estoy muy confundida -Terminó de expresar estas palabras y el bombeo extremo de su corazón fue menguando, permitiéndole hilvanar algunas ideas.

Mientras servían el café un aluvión de preguntas enterró el mal rato que había pasado.

- ¿Cómo lograste llegar a la oficina del gerente del Banco? ¿Quién es el verdadero gerente? ¿Cómo cobré ese cheque? ¿Cuánto tiempo hace que me seguís? ¿Cuánto sabés de mí? -Y no podía parar de hablar y de cuestionar todas las incoherencias que había percibido en ese día.

Sergio, suavemente y con una sonrisa irónica afirmó:

- Tengo muchos y buenos amigos -Y la miró fijamente a los ojos.

Carolina se quedó mascullando algunos pensamientos. Le sostuvo la mirada por un breve instante. Tenía una revolución de sentimientos encontrados, pero algo le había quedado tristemente en claro: No se puede armar ninguna relación basada en mentiras.

Tomaron el café en silencio. Ella con un mundo de ideas dando vueltas en su cabeza, no quería hablar. Él no se atrevía a decir nada tal vez por temor a que ella huyera de todo lo que estaba viviendo y no quisiera dirigirle nunca más la palabra.

Sergio levantó su mano derecha, como para espantar una avispa, pero Carolina no lo dejó comenzar la frase:

- ¿Tenés papel y birome? -preguntó.

- Eh..., sí, creo que... -tartamudeó Sergio, mientras revisaba su portafolio.

- Bueno, anotó: "Viernes 23 de abril, 19:33 hs. Sigo al objetivo hasta la esquina de Pringles y Rivadavia. Allí se encuentra con mi cliente y, minutos más tarde, con una femenina, caucásica, de unos 40 años. Algo trajinada, si me permite la observación. Intercambian unas palabras, se separan, y el objetivo ingresa al establecimiento Aranjuez. Una vez allí, se reúne con el suscripto y, preguntada que fue si deseaba iniciar otra relación, manifestó vehementemente que no, que para repetir errores ya le

bastaba con los ya cometidos. Acto seguido, se levanta la sesión." ¿Anotaste todo? -preguntó finalmente.

- Sí... eh, esperá, hablemos, esto puede ser distinto...

- Y lo va a ser. Decile a tu amigo, el gerente, que el lunes le llevo el cheque corregido. Ah, facturale el café a tu cliente.

Dijo Carolina antes de levantarse. Tomó su campera y el bolso, se alisó la pollera y salió a la calle, rumbo a su nueva vida.